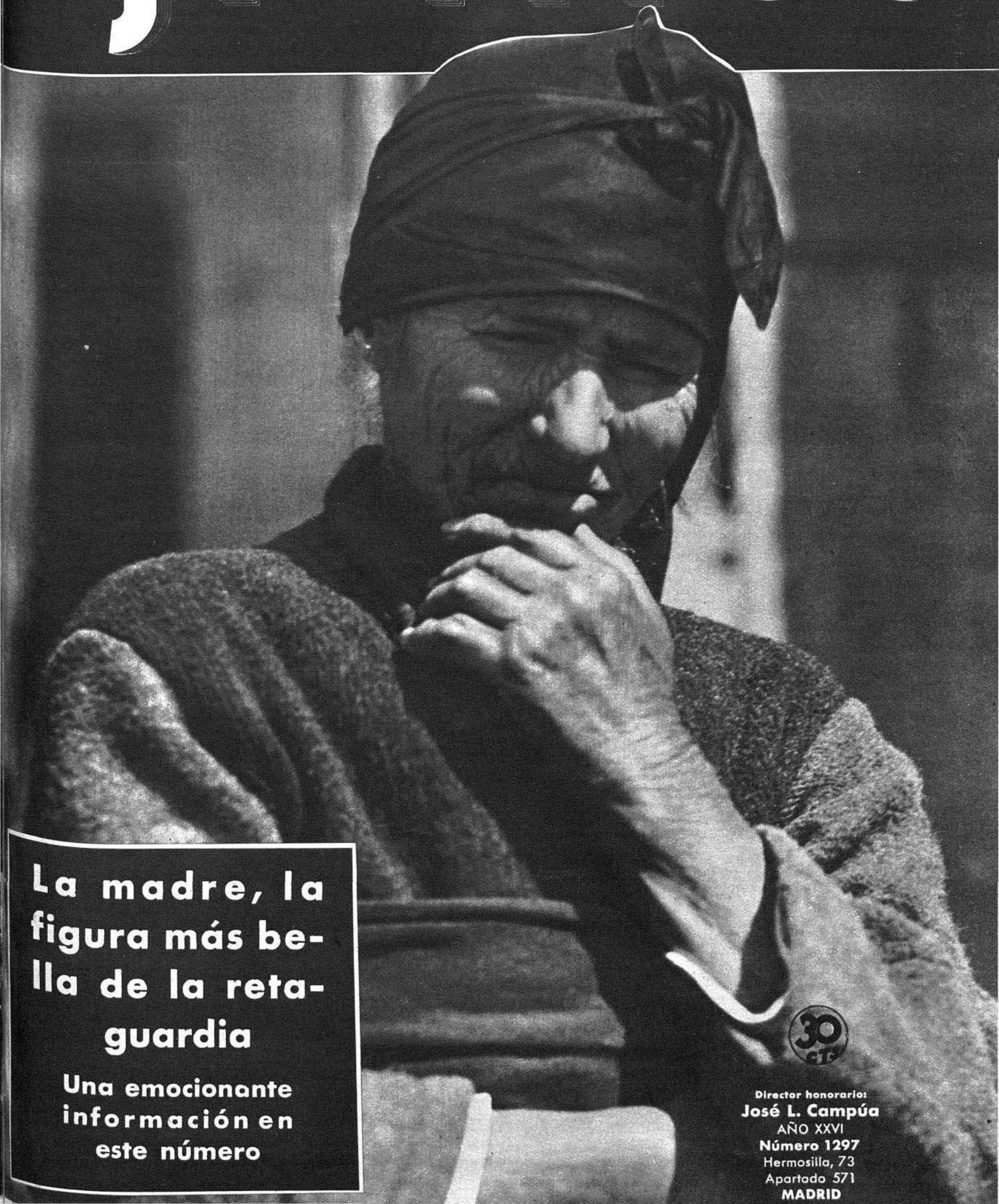


mundo gráfico

Miércoles, 9 de Septiembre de 1936

DIRECTOR:

Luis González de Linares



**La madre, la
figura más be-
lla de la reta-
guardia**

**Una emocionante
información en
este número**



Director honorario:
José L. Campúa
AÑO XXVI
Número 1297
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



ESTAMPAS DE LA GUERRA

Arriba: El paso de un convoy de víveres y de municiones por Despeñaperros, hacia Madrid. Abajo, a la izquierda: Una perspectiva del bombardeo realizado por la aviación gubernamental sobre los frentes enemigos de la Sierra.—Abajo, a la derecha: Junto a un viejo castillo hace su guardia el miliciano (Fots. Piortiz, Canales Marí y Baldomero, hijo)





ESTAMPAS DE LA GUERRA

Arriba: Una trinchera de milicianos frente al Alcázar de Toledo, en el que se ven los efectos de los últimos e intensos bombardeos de la artillería.—Abajo: Los milicianos comunistas de la columna Uribe parapetados en una era de un pueblo cercano a Teruel

(Fots. Tello y Vidal)





En los locales de las Milicias, las madres esperan el momento de cobrar las cantidades semanales correspondientes a los hijos que combaten en el frente

MIENTRAS EL HIJO COMBATE EN EL FRENTE...

La madre, la figura más bella de la retaguardia



La madre de un combatiente lee la carta del hijo
Fots. Video)

MIENTRAS ellos se fueron a la lucha con un gesto resuelto y alegre, ellas, las madres, se quedaron aquí, lleno el corazón de impaciencias y de angustias. De vez en cuando llegaban noticias del hijo: unas líneas sobrias, escritas rápidamente, nerviosamente, quizá en una pausa del combate, cuando aun parecía temblar en el aire campesino el latido febril de la ametralladora. Y a esa carta respondía la madre con una extensa, llena de benditos pormenores, de ingenuidades, de detallucos en los que palpita, sencilla y honda, toda la santa ternura maternal. El afán de todos los días era ir preparando el paquete que llevaría al frente ropas y golosinas, conseguidas a costa de trabajo y de esfuerzo. La madre lo preparaba amorosamente, envolviéndolo, atándolo.

—Tú, hija, que tienes mejor letra, pon el nombre.

Y la hija ponía el nombre del muchacho, y el batallón a que pertenecía, y el frente en que estaba. Allí iba el paquete—todavía sobre él una última caricia de las manos maternas—, que luego, quizá también en otra pausa del combate, el muchacho abriría mientras la frente se le iba hacia el hogar lejano.

En la retaguardia de la guerra—esfuerzos tenaces, esperanzas trémulas, duelos—la madre es la mejor figura, la más llena de fuerte y auténtica emoción humana. Hay miles de

madres del pueblo que han visto partir a sus hijos hacia una lucha de la que no saben si volverán. De vez en cuando, el muchacho vuelve. Trae el permiso para unos días de descanso. Viene sucio de polvo y sudor. Tostado el rostro, al hombro el fusil, dura la mano. Cuenta cosas de allá, de la Sierra.

—Una noche, en que me tocó estar a mí de centinela...

Todos hacen corro ante él, embobados. Pero mientras ellos atienden al relato, toda la mirada de la madre es poca para clavarse en aquel hijo que se volverá a marchar. Ella no se fija en las palabras. Toda su alma está en el gesto, en la voz, en la actitud, en el rostro de aquel hijo que ha regresado y que se marchará de nuevo. Para estas madres—piel curtida, manos hechas al duro trabajo, cuerpo rendido por un cotidiano esfuerzo que no conocía pausas—toda su vida no fué apenas sino privación y tarea. Mujeres del pueblo, lavanderas, obreras... Múltiples vidas oscuras, que ahora aportan lo mejor de sí mismas—el hijo—a la causa que ellos defienden con las armas.

—Yo no sé qué tiene la guerra para estos muchachos—dice una de estas madres, lavandera, cuyo hijo, que es un fervoroso militante sindicalista, lucha en Somosierra desde el comienzo de la campaña—. El mío se marchó cuando empezó todo esto. A menudo tenía no-



En las Milicias Gráficas, la madre de un miliciano cobra la cantidad correspondiente al hijo que está luchando en la Sierra
(Fots. Videá y Cortés)



ticias suyas. Un día vino con permiso. Llegó a eso de mediodía. Pero no podía estar en casa. Se le veía que estaba *allá*, en la guerra. Traía varios días de permiso; mas en cuanto se arregló un poco y se cambió de ropa, no pudo más, y se marchó. Aquel mismo día, a las ocho, salía otra vez en un camión para la Sierra.

En las palabras de esta madre se funden el dolor por la ausencia del hijo y el orgullo de que el muchacho sea así y de que en él el afán de la lucha sea superior a todo, hasta a ese *tirón* sentimental de la madre que queda esperando en la casa.

Algunas de estas mujeres van por las tardes, al saber que regresan grupos del frente, al cuartel del 5.º Regimiento, por si entre los que vuelven está el hijo. No le ven, no encuentran su rostro entre el racimo de cabezas tostadas por el duro sol serrano. Los ojos de la madre se encristalan de lágrimas. Pero enseguida, junto a ella, hay voces animosas que le hablan del que quedó *allá*.

—Está allí, completamente bueno. Pero es que el permiso era esta semana sólo para nuestra compañía. La semana que viene le toca a la compañía de él, y le tendrá usted aquí.

Y la madre—ternura, esperanza y dolor del pueblo—sonríe entre lágrimas. Pregunta por el hijo: qué hace, dónde está, cómo pasa esas horas llenas para ella de inquietud. Las voces de los compañeros siguen siendo ánimo y alegría.

—Se bate bien, muy bien. Cuando vuelva, le va usted a ver con la estrella de teniente.

Mientras millares de hombres luchan en los frentes de combate, aquí, en la retaguardia, millares de madres sufren, trabajan y esperan. Mujeres del pueblo, vidas curtidas por un trabajo áspero muchas veces. Esa madre del combatiente es la mejor figura de la retaguardia.

J. M. A.

Millares de mujeres del pueblo están aportando lo mejor de su vida—el hijo—a la causa que ellos defienden con las armas en la mano...



En Sevilla, con los sublevados fascistas

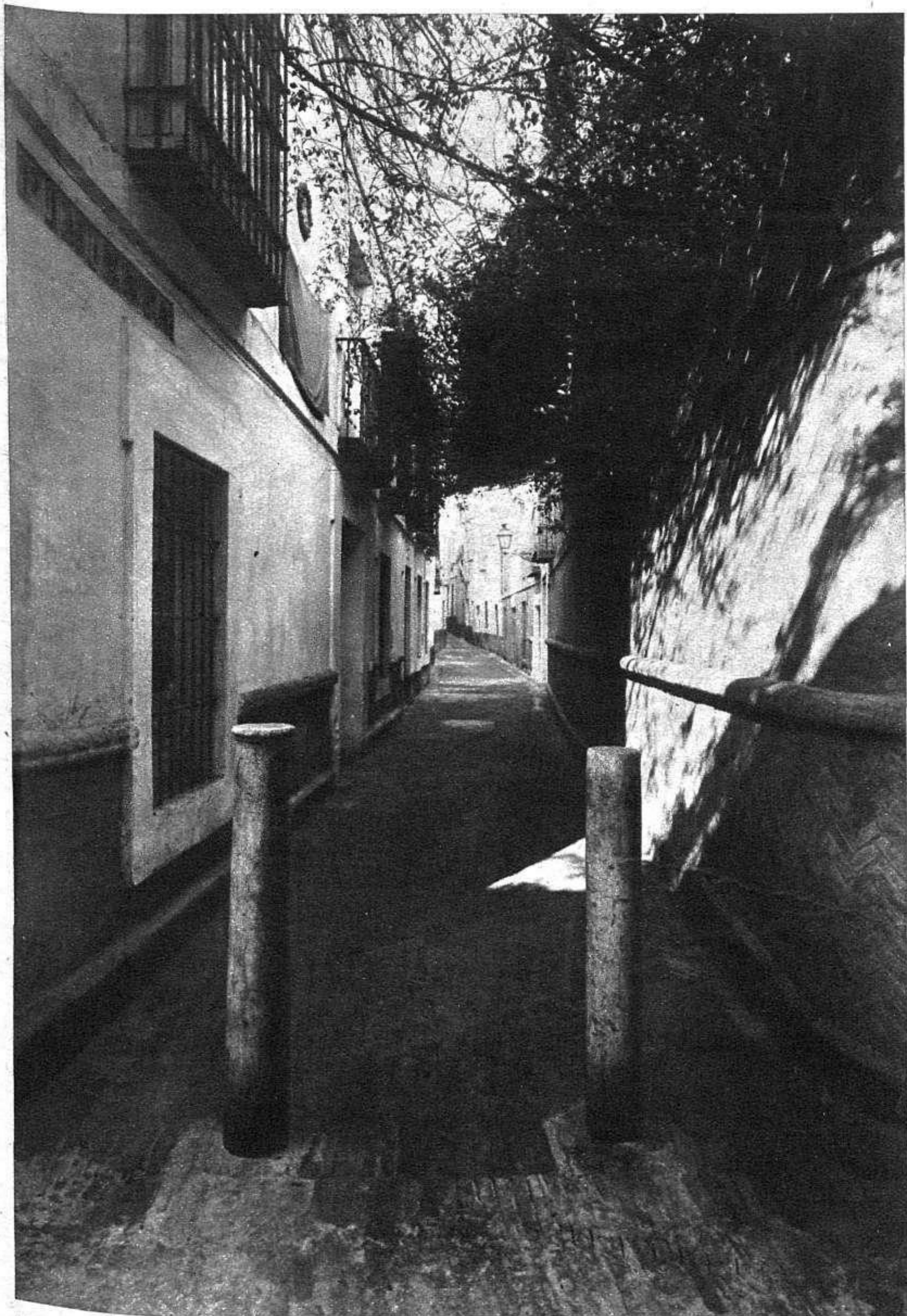
En nuestra página de enfrente publicamos una interesante información, hecha por un testigo presencial de los sucesos, acerca de cómo fué iniciado el movimiento en Sevilla. He aquí dos bellas perspectivas de la gran ciudad, obtenidas desde un avión

(Fots. Serrano)



RELATO DE UN EVADIDO

En Sevilla, con los sublevados fascistas



La famosa calle de la Pimienta, en el corazón del bellissimo barrio sevillano de Santa Cruz
(Fot. Serrano)

El día 13 del corriente consiguió evadirse de Sevilla, después de muchos días de agitada odisea y persecución, el secretario de Oficios Varios de aquella capital, Antonio Salgado, personalidad destacada de la organización socialista sevillana.

Antiguo y buen periodista, el señor Salgado nos ha escrito el interesante relato que ofrecemos a nuestros lectores.

I

Una noche en pie

Como en toda España, los sevillanos suponíamos que los militares monárquicos gestaban un hondo, fuerte y terrible movimiento subversivo. No era el fantasma del complot el que nos rondaba, no eran vanos rumores veraniegos, sino aciagas realidades que, sordos o ciegos, algunos no supieron ver.

Para oponerse a la sublevación, en distintas ocasiones nos reunimos todos los responsables de los Sindicatos y partidos obreros. Nos lamentábamos—ahora vemos que con notorio acierto—de la parsimonia observada por algunas autoridades locales, obcecadas en la terca idea de negar al pueblo las armas precisas, ineludibles, para la defensa de las libertades populares.

Concretamente puede asegurarse que en el día 17 de Julio sólo contábamos con una insignificante cantidad de pistolones, algunos de los cuales, por su mérito histórico y su ineficacia ofensiva, podrían figurar dignamente en los Museos al lado de las armas del medievo. En estas condiciones, la defensa de nuestros derechos se nos hacía casi imposible. En las sombras vacilantes de la noche española, noche trágica de incertidumbre y dolor, avanzaba el complot con su cortejo de sangre generosa de proletarios caídos bajo la metralla asesina en las calles de Ceuta y Melilla. Llegaban las confidencias de campo enemigo, asegurando que se cazaba a nuestros bravos camaradas de las plazas de soberanía.

La noche, serena, clara, maravillosa de azul de cielo andaluz, vivía sus minutos más angustiosos. Se poblaban de gentes las vías urbanas y se organizaba la resistencia en la mártir Sevilla. Los directivos obreros, en su totalidad, y algunos elementos de los partidos republicanos del Frente Popular se reunieron urgentemente, y se montó el servicio de vigilancia en las calles sevillanas. Todo el proletariado, en pie, aguardaba, en la quietud impresionante de la noche, el desarrollo de los acontecimientos.

Hubo gestos formidables, ofrecimientos in-

sospechados. Varios destacados elementos requirieron al gobernador civil, señor Varela, para que ordenase armar al pueblo, que anhelante esperaba en las calles los fusiles liberadores. La discreción más elemental nos priva de publicar los nombres de muchos camaradas que en aquellos minutos de inquietud realizaron esfuerzos extraordinarios para obtener medios defensivos.

El gobernador civil—no es hora aún de enjuiciar su conducta—confiaba en el general de la División, señor Villa-Abrille, y prometió que en el momento oportuno, si se sospechaba que se iba a producir alzamiento, se facilitarían armas.

La noche avanzaba, y con ella, el ir y venir de motocicletas a los cuarteles y a las casas de la oficialidad. Síntoma inequívoco de la inminente sublevación, que algunos miopes mentales tomaron por diligencia militar al servicio de la República. Como casi todos los jefes y oficiales de la guarnición bética vivían en edificios construidos especialmente para ellos, alguien propuso rodearlos, penetrar en los domicilios, sorprender a los hasta aquel instante posibles facciosos y llevarlos a lugares donde se les imposibilitara toda tentativa. No se ejecutó el proyecto, y hoy pagamos la inepticia en que se incurrió.

Consumidos por la impaciencia, atestado el cerebro de rumores que al espesarse se confirmaban, nos sorprendió la amanecida. Sabíamos que el Gobierno se aprestaba a combatir a los rebeldes de Marruecos, que, con Franco en Las Palmas, iniciaron la subversión. Aviones de Tablada habían de bombardear las plazas sublevadas. Se ordenó a los obreros que no opusieran obstáculos a los camiones que transportaban al aeródromo material de guerra.

Con nosotros en aquel momento estaban, entre otros, tres, cuyos nombres pueden decirse porque, por desgracia, han sido asesinados, el comandante de Asalto, señor Loreiro; el jefe de la Brigada social, don Emilio Sanz, y el republicano y masón Antonio López. Un zumbido de motores atronó nuestros oídos, y con el sol

de la amanecida apareció un soberbio trimotor, que saludamos con los puños en alto. Venía de Madrid para coadyuvar al aplastamiento de los traidores del Protectorado y Canarias.

Nos invadió una extraña alegría. Sanz, aquel hombretón fuerte y rubio, sano y noble, nos conturbó, exclamando:

—¡Qué conveniente sería ir uno de nosotros con una ametralladora detrás del piloto!

Efectivamente. Aquel magnífico aparato no fué a Melilla, y hoy, si no lo han derribado, está al servicio de los facciosos.

Caminamos, en el lívido claror de la madrugada, hacia el Puente de San Telmo, desde donde se domina la base de Tablada. Pasaban los camiones cargados de metralla hacia el aeródromo. Un cura, de hábitos mañaneros, cruzaba el puente. Su negra silueta se perdió en la lejanía. Los vecinos de Triana se movilizaban para el trabajo, y cualquier espectador ajeno a los partidos políticos no hubiera podido presentir lo inminente de la sublevación.

Poco después, cerca de las siete, nos retiramos a descansar, rendidos de fatiga. Eran, con aquella, cuatro noches de intensa atención vigilante.

II

La hora de la siesta y la sublevación

«Las militaradas se producen al amanecer», decían. No, ni muchísimo menos. Quien se subleva mide antes al adversario y le ataca en la hora propicia. En las ardientes tierras del Sur, el sopor y la fatiga marcan su máximo apogeo en las horas de la siesta. En esas horas hay una laxitud en los indígenas y una pereza incoercible en los resortes celebrales.

Al retirarnos a descansar, el agotamiento físico hizo que hasta las tres de la tarde no despertáramos. A esa hora llegaron de la calle confusos gritos agitados del vecindario. Corrimos precipitados hacia la Casa del Pueblo de la calle Federico de Castro. Al llegar a la plaza del Duque la hallamos ocupada militarmente. Unas

ametralladoras en La Campana y muchos soldados, fusil a la cara, que nos hicieron retroceder. Alarmados, y dando rodeos, pudimos llegar a nuestro domicilio social cuando aún la concurrencia de trabajadores era escasa. De todos los puntos de la ciudad, de los barrios obreros, llegaban nuestros compañeros, y muy pronto, a pesar de lo difícil de la hora, nos reunimos muchísimos.

Un camión, atestado de soldados, cruzó por nuestra puerta. Los puños en alto de los trabajadores fueron correspondidos con vítores a la República por los soldados. Temimos la celada. Se trataba de desorientarnos, de hacernos creer que aquel inusitado movimiento de tropas correspondía a un plan de salvaguardia de la democracia republicana, que, sin ser nuestro ideal final, significaba una etapa previa hacia la implantación del socialismo. Los rebeldes recurrían al engaño, a la superchería, para desarticular nuestros cuadros defensivos. Nos corrimos hacia La Campana, y allí, en algunos edificios, estaba el cartel de desafío, el bando declarando el estado de guerra, en vista—según decía—de la anárquica situación del país, asumiendo el Poder los militares para imponer lo que ellos llaman el orden: la tranquilidad de los cementerios.

Ante tan patente manifestación del movimiento fascista, los trabajadores declararon unánimemente la huelga general. A las cuatro de la tarde, hora de apertura de establecimientos, éstos permanecieron cerrados. Taxis y tranvías se retiraron, y en unos minutos la ciudad adquirió el amenazador aspecto de las grandes demostraciones del poder del proletariado.

Una extraordinaria muchedumbre irrumpió en la Plaza Nueva. Al llegar al Gobierno civil reclamaban armas insistentemente.

—¿Para qué queremos estos brazos? ¡Precisamos fusiles!

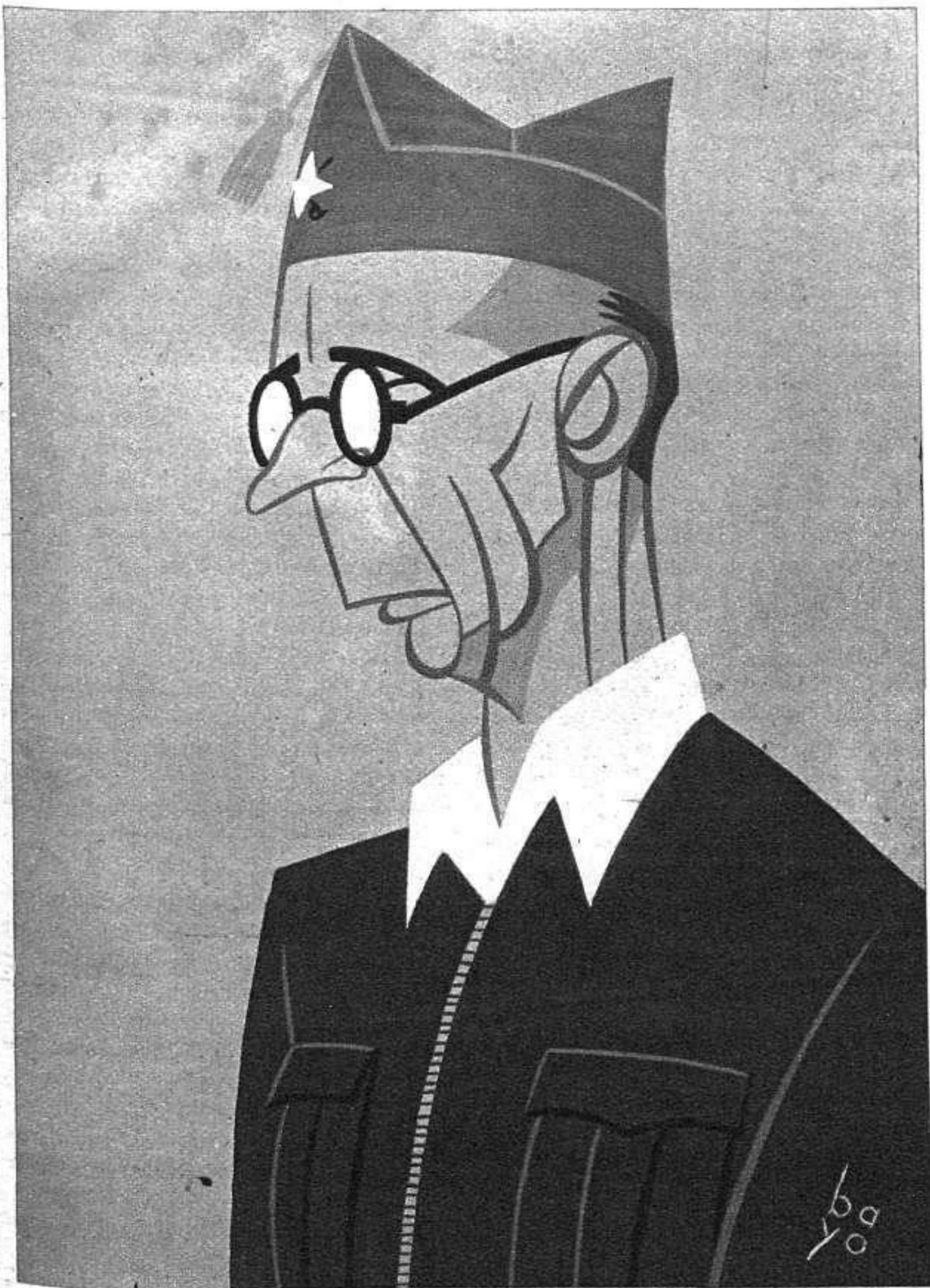
ANTONIO SALGADO

(Continuará.)



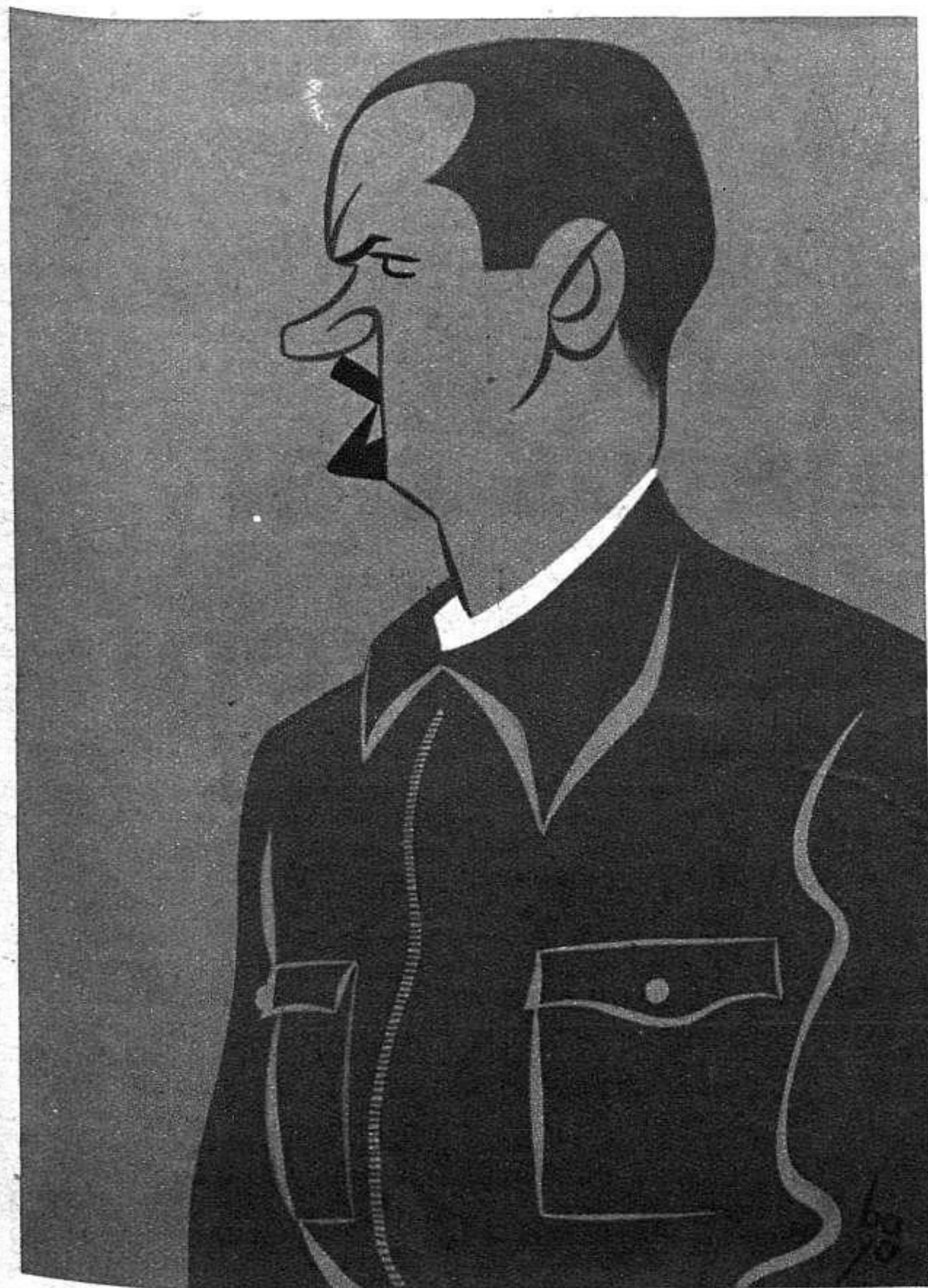
Una magnífica perspectiva sevillana: El Guadalquivir, la Torre del Oro y, al fondo, la Giralda

(Fot. Serrano)



Figuras del momento

Arriba, a la izquierda: El general Mangada. Arriba, a la derecha: Don Pedro Rico, alcalde de Madrid.—Abajo, a la izquierda: Don Francisco Galán.—Abajo, a la derecha: Don Antonio Jaén (Caricaturas de Bayo)





«Todavía puedo empuñar un arma», afirma el viejo miliciano, bajo el glorioso uniforme que fué orgullo liberal español a lo largo de todo un siglo de luchas populares, que parecían pasadas ya y que se repiten otra vez...



El viejo uniforme no es el más adecuado para la lucha actual. Hoy, los Milicianos Nacionales, como este que tomó parte en la acción de Guadalajara, vestirán un uniforme que dé mayor facilidad a los movimientos...

Los viejos soldados de la Libertad También los nietos del 7 de Julio van al frente

EL miliciano se ha echado a la calle, otra vez, arma al brazo, en defensa de la Libertad. Viéndole, parece que ha reencarnado en la realidad aquel magnífico tipo galdosiano que, a todo lo largo del siglo XIX, opuso un desgarrado ademán a las veleidades absolutistas de los reyes, de los políticos y de los generales. El pueblo armado ha vuelto a luchar por su soberanía, que está reconocida en las leyes, frente a quienes contra esa soberanía iban, por las encrucijadas, fuera de la ley. Los partidos, las agrupaciones profesionales, las factorías industriales, las organizaciones obreras, apenas se produjo el levantamiento faccioso, pusieron en fila sus hombres, movilizándolo unas Milicias Populares de las que ya la Historia de España tenía en sus páginas bizarros y gloriosos

ejemplos. Acaso, ahora, con lemas que pudieran producir a distancia, en la opinión liberal menos confiada, alguna confusión. Pero entre estas Milicias actuales se yergue el morrión de los viejos milicianos nacionales como un claro signo inconfundible. Con él, el movimiento popular de las Milicias nuevas adquiere, para las miradas menos perspicaces, la expresión de toda la epopeya histórica de nuestro liberalismo. Y de un españolismo indiscutible.

Porque hoy, como hace cien años, es miliciano, arma al brazo en la calle, Patricio Buenafé.

Los milicianos de los «Episodios»

El Batallón de Milicianos Voluntarios Nacio

nales tiene su domicilio social en un piso entresuelo de la calle de Valverde. Un despachito para la Secretaría y el salón de actos, con la mesa presidencial bajo un rojo dosel. Y a lo largo de las paredes los retratos de aquellos generales que al frente de los milicianos lucharon en el transcurso de todo un siglo por la soberanía popular.

Una lápida en mármol, conmemorativa de don Baldomero Espartero, y un busto de don Evaristo San Miguel, y un grabado de las Cortes de Cádiz. Para evocar contiendas que no habían de repetirse más... Pero que adquieren hoy una animación restaurada.

Los viejos milicianos se aprestan de nuevo a combatir.

—Apenas se tuvieron las primeras noticias

de la sublevación militar—me dice el presidente y comandante, don Andrés Bordallo—, empezaron a acudir a nuestro domicilio los compañeros, que esperaban la orden de tomar las armas. Y la orden tardaba en llegar... Se hacía indispensable, previamente, una reorganización de nuestros elementos. Y entonces se hizo cargo del Batallón una comisión, que tomó la dirección de las fuerzas de Milicianos Nacionales, presidida por mí, con el vicepresidente primero y capitán, don José Agudo, y el vicepresidente segundo, don Cosme Sánchez del Alamo. Y en otros cargos, don Eduardo Longo García, don Emilio Lapuerta García, don Santiago Díaz González, don Francisco Ruiz Jerez, don Julián Granizo Rodríguez, don Esteban Nieto Araque, don Manuel Sánchez Piñero, don Manuel Rebolledo, don Eugenio López Ruiz, don Vicente Simón Ortega, don Juan Ortego Rubio, don Nazario Maroto, don Julián Gil, don Luis Pérez Vara, don Rafael Palao y don Faustino Córdoba. Nuestras primeras disposiciones fueron las de contribuir con mil setecientas cincuenta pesetas a la suscripción abierta en ayuda de los combatientes leales por *Heraldo de Madrid* y con doscientas cincuenta pesetas a la del 5.º Batallón de las Milicias Populares. Pero urgía, además, movilizar a nuestros milicianos, que pedían ansiosamente su puesto en la contienda.

Los Milicianos Nacionales carecían de suficiente número de uniformes para todos. Y los que había, del modelo de paño, para los desfiles conmemorativos no eran desembarazoso indumento para combatir. Entonces se acordó hacer confeccionar un nuevo modelo de uniforme, en tejido azul Vergara, como el de los «monos» de las Milicias Populares, pero compuesto de guerrera y pantalón, con una línea que sigue hasta donde la mejor facilidad de movimientos consentía el antiguo modelo, y que conserva del mismo los botones, plateados y los emblemas, sustituyendo, además, el anacrónico morrión por un ligero gorro de cuartel, azul, del mismo género, con borla y cordoncillo rojos.

Pero, mientras tanto, los milicianos más impacientes habían ido alineándose ya en otras Milicias.

—Así, por ejemplo, el capitán don José Agudo, afiliado a Izquierda Republicana, con cuyas Milicias, como jefe de grupo de Cuatro Caminos, actuó desde el primer día de la lucha y tomó parte en las operaciones de Los Molinos y Villalba. Y Rafael Palao, un miliciano que con la Milicia de la U. G. T. de la Casa de la Moneda, donde trabaja, fué a Somosierra, y de allí volvió con una triple fractura de pierna, que hoy le obliga a permanecer en una rabiosa quietud. Yo mismo me incorporé a la Milicia de Correos—dice don Andrés Bordallo.

Porque a la voz de «¡La libertad en peligro!», los Milicianos Nacionales no saben esperar.

Un miliciano nacional en la toma de Guadalajara

Otro miliciano nacional que quiso participar en la lucha desde los primeros momentos es Jesús Berenguer, que además desempeña el cargo de conserje en las oficinas del Batallón. Como afiliado a la Unión de Empleados de Oficinas, adscrita a la U. G. T., pidió ser incorporado a una de las columnas que salían para Zaragoza, «donde quería saludar a Cabanellas». La columna, y con ella Jesús Berenguer, llegó hasta dos kilómetros antes de Guadalajara. De allí no se podía pasar más. La plaza estaba cerrada por frentes de ametralladoras, «entre las que se veían—dice Jesús Berenguer—filas de niños, con cuya presencia se pretendía apagar los fuegos de las armas de los asaltantes.» «Yo—añade—, que tengo hijos, no tiré...» Hasta que llegaron los tanques de los guardias de Asalto, y así pudo hacerse retroceder a los que en Guadalajara se defendían y obligarles a encerrarse en la Academia. Allí murió Barrera. En la misma puerta de la Academia vió Jesús Berenguer su cadáver.

Los viejos quieren ir al frente

Pero la mayoría de los veteranos milicianos quieren formar en su Batallón. El comandante Bordallo se propone utilizar a los de más avanzada edad en servicio de plaza y llevar a los más capacitados físicamente a la acción de guerra. Aunque muchos viejos se obstinan en luchar. Como Celedonio López, con setenta y dos años cumplidos, que ha sido de los primeros en pedir ir al frente. «¿Es que no sirvo yo para disparar un fusil?», opone, irritado, cuando le ofrecen un lugar en la retaguardia.

Y hasta que hubo de pasar a segunda situación, en la que se le reconoció, por sus largos y buenos servicios, el grado de suboficial, Celedonio López fué cabo de la escuadra de gastadores del Batallón, sin querer ascender, porque no quería que delante de él fuese nadie.

Y como Celedonio López, Manuel Sánchez Piñero, otro viejo miliciano con sesenta y cinco años de edad, que cada día acude al domicilio del Batallón a reiterar su petición de ir a la lucha.

—Yo soy miliciano por tradición liberal de mi familia. En mi familia no hemos sido políticos. No hemos pertenecido ninguno a ningún partido. Pero todos fuimos siempre liberales. La Libertad—dice, como un buen personaje galdosiano—es la salvación del pueblo. Y por esa salvación estamos obligados a luchar los que al pueblo pertenecemos. Libertad y Constitución. Lo que decía mi abuelo, que también, como yo, era miliciano. Entonces era contra Fernando VII—añade—contra quien había que luchar por la Libertad.

Y Manuel Sánchez Piñero, que se ha vestido el glorioso y ya anacrónico uniforme de los viejos Milicianos Nacionales—sobre el que se destacan las medallas de Servicios a la Patria y de la campaña de Cuba, en la que combatió—, pronuncia la palabra «Libertad» con el énfasis ambicioso de un superviviente de Alcolea...

El comandante Cabrerizo, del Estado Mayor, miliciano nacional

Y muchas altas nuevas en el Batallón de Milicianos Nacionales. Entre ellas, la del comandante don Francisco Cabrerizo, del Estado Mayor, actual jefe de las Milicias de Izquierda Republicana, con las que está realizando una labor admirable, y que se ha ofrecido, como miliciano del Batallón de Voluntarios Nacionales, para todo servicio militar.

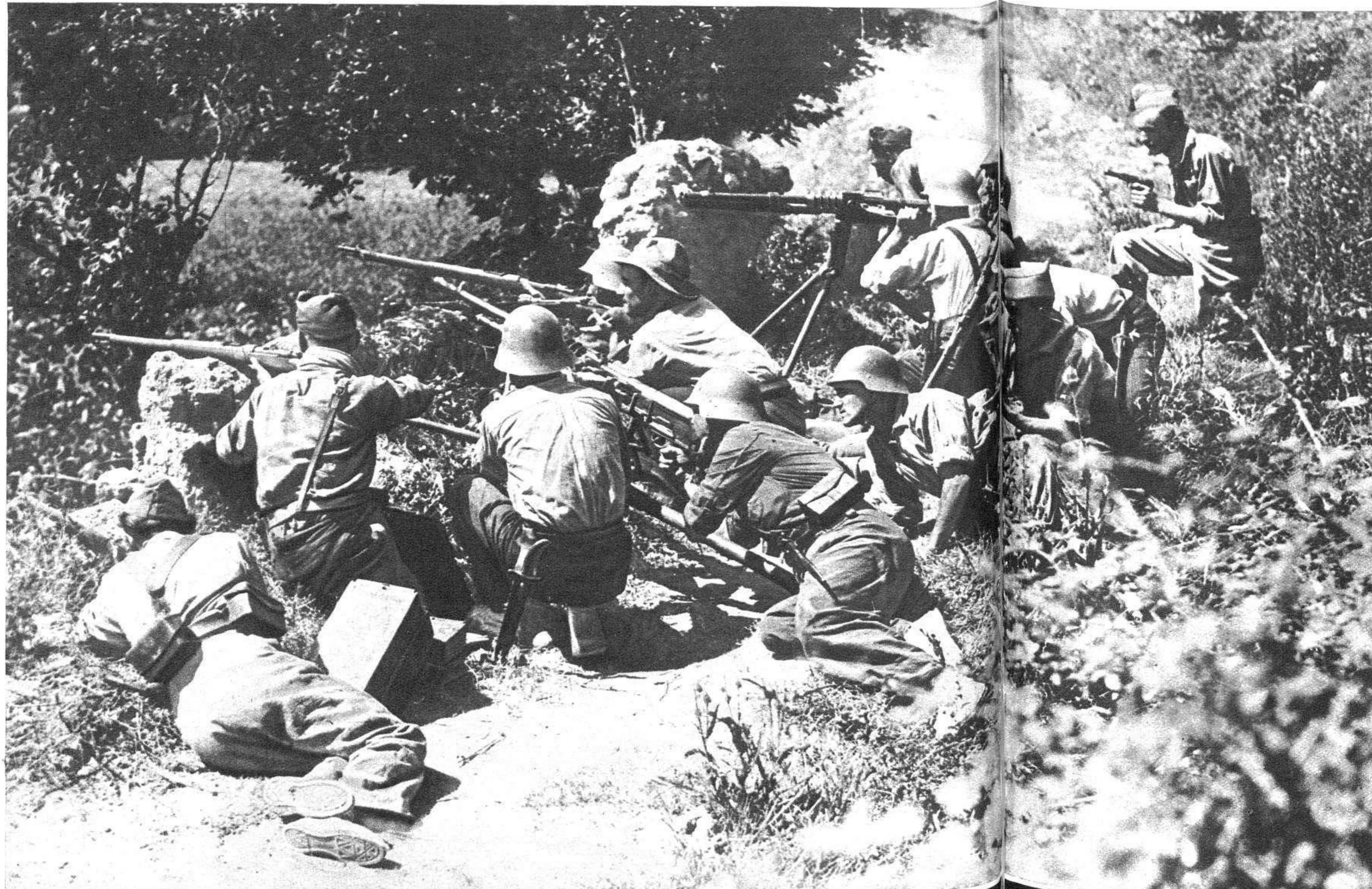
¡Muchas altas nuevas! De todas ellas va dándose cuenta, entusiasmado y fervoroso, el comandante don Andrés Bordallo, con palabra encendida de fe y esperanza liberales.

Y a esa misma fe y a esa misma esperanza se caldea el espíritu del Batallón de Milicianos Voluntarios Nacionales, hoy como ayer. Y hoy como ayer, el Batallón avanza. Cien años atrás en la Historia. Pero al compás del *Himno de Riego*, su paso no ha perdido marcialidad.

José ROMERO CUESTA



El más joven de los Milicianos Nacionales, Ricardo Berenguer—que acaba de cumplir los dos años—, es la «mascota» del glorioso Batallón de Voluntarios, en el que forma junto al miliciano más viejo (Fots. Portillo)

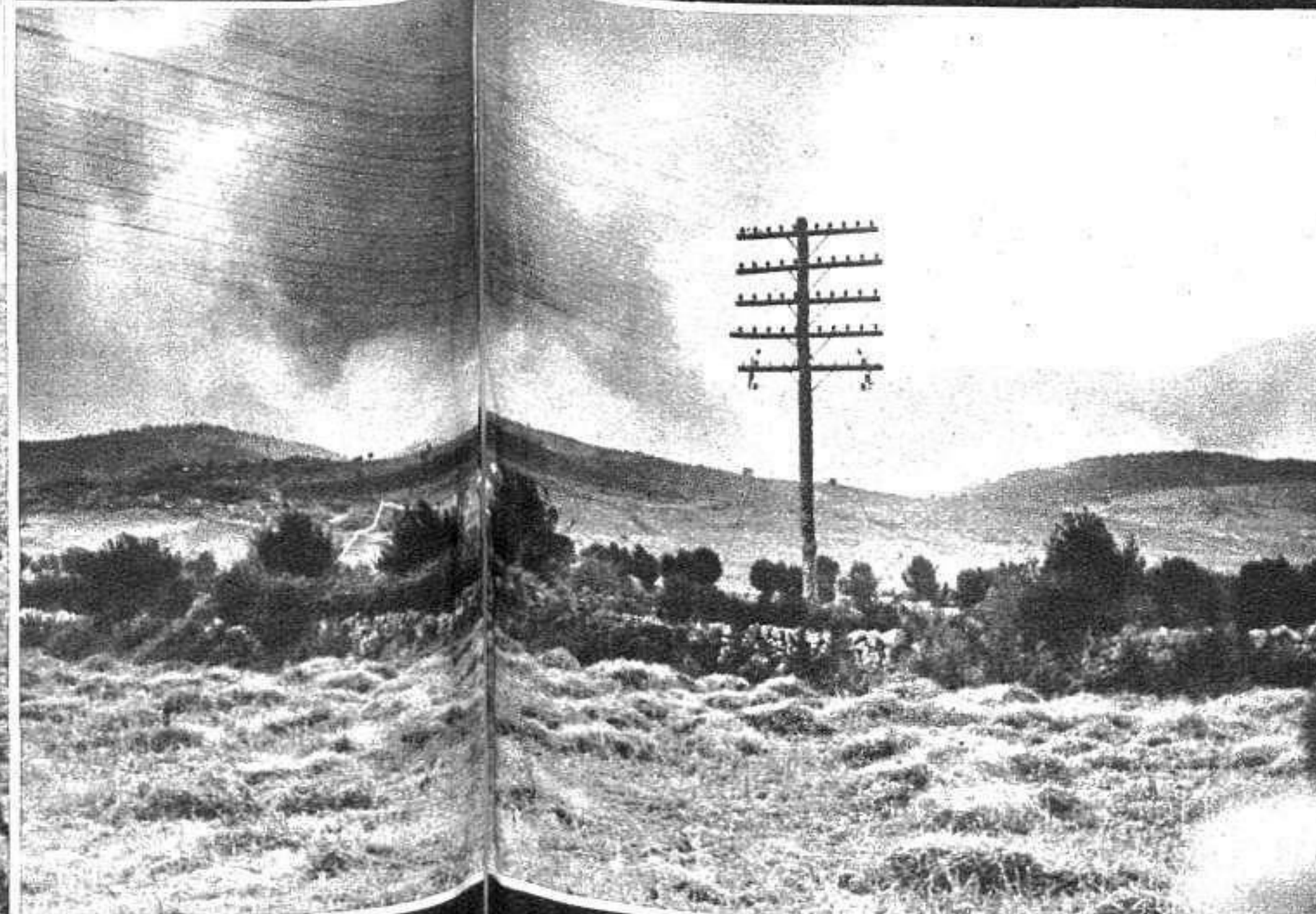


Momentos y escenarios de la lucha en la Sierra, en Córdoba y en Teruel



Los milicianos, en su avance hacia Teruel, cuidan de las labores del campo

Las avanzadas de la columna, que operan en el frente de Teruel, disparando contra los núcleos enemigos



Una perspectiva de la Sierra durante uno de los últimos bombardeos de la aviación sobre las líneas enemigas



Un alto en la marcha hacia Teruel. Los milicianos, en la fuente del pueblo, se lavan y refrescan antes de proseguir hacia aquella ciudad aragonesa

Desde este árbol, en Los Villares, se comunicaban los facciosos con las autoridades de la capital cordobesa

(Fots. Vidal, Canales Marí y Priortiz)



Las Milicias de Comunicaciones, a la puerta del edificio

El Palacio de Comunicaciones, reducto republicano

Héroes, mártires y trabajadores de Telégrafos

Como el de Correos, el Cuerpo de Telégrafos está desarrollando, desde el comienzo de la sublevación militar, una admirable labor al servicio de la República democrática, con la que honra su glorioso abolengo republicano.

Muchos de los matices admirables de este Cuerpo, que tan importantes e inestimables servicios está prestando a la causa del pueblo, quedaron recogidos en nuestro reportaje anterior al hablar, en general, de la actuación de los trabajadores del Ministerio de Comunicaciones. Hoy queremos incorporar a estas notas los informes que sobre la actividad de los telegrafistas en estas horas agitadas nos ha facilitado una de las personalidades más destacadas del Comité Nacional de Telégrafos.

Por encargo expreso de los interesados no aparecen, como sería justo, los nombres de cuantos calladamente, con abnegación admirable, sirven a la causa de la República con un encendido entusiasmo.

—La labor que aquí estamos realizando—nos han dicho—es anónima, y en el anónimo debe quedar. El éxito de este esfuerzo corresponde por entero a la organización que nos controla. Lo interesante es trabajar. Y triunfar. Lo personal es ahora secundario.

Nuevos servicios

—En Telégrafos se han creado nuevos servicios, a tono con las necesidades de la guerra. Entre otros, el establecimiento de comunicaciones directas en aparatos rápidos, con todas las avanzadas que actualmente están luchando en los frentes de Extremadura, Andalucía, Huesca y la Sierra de Guadarrama. Todas las columnas que operan en cada uno de esos puntos llevan personal de Telégrafos que voluntariamente se ha prestado a sufrir las penalidades y los riesgos de la campaña. A tal punto, que hemos tenido que adoptar medidas rigurosas para evitar que muchos compañeros se enrolaran en esas columnas, para que no queden desatendidos en la Central muchos servicios de la sala de aparatos, tan interesantes como los de campaña.

—¿Qué otros nuevos servicios han establecido ustedes?

—El de telegramas de tropa, completamente gratuito, para que los soldados y milicianos puedan comunicar con sus familiares. Este ser-



Por este aparato se está en comunicación constante con Cerro Muriano, a pocos kilómetros de Córdoba
(Fots. Vide)



El personal de reparto de Telégrafos, que distribuye a diario millares de telegramas



Conmutador de la sala de aparatos por el que se sirven todas las comunicaciones. Junto a él han vivido los telegrafistas todas las peripecias de la lucha, con una honda emoción de observadores directos

vicio adquiere caracteres enormes cuando se toma alguna población al enemigo. Cuando las tropas leales entraron en Guadalajara se depositaron en aquella oficina más de cuatro mil telegramas, que fueron entregados a los pocos minutos de su imposición, gracias al esfuerzo sobrehumano del personal de aparatos y del de reparto.

Selección de personal

—Como en Correos—continúa diciéndonos nuestro informador—, hemos realizado una amplia labor depurativa dentro de nuestro personal. Los que actualmente prestan servicio rivalizan en entusiasmo y fervor por la causa republicana, desde los técnicos a los repartido-

res. Muchos de estos últimos, que hemos considerado aptos para el manejo de los aparatos sencillos, están prestando servicios técnicos, destacándose entre ellos el ejemplo magnífico del de Buitrago, el que, a pesar de haberse autorizado para abandonar la estación en los momentos difíciles y de intenso bombardeo, siguió tranquilamente en su puesto transmitiendo las órdenes del alto mando. Análogo comportamiento siguió el funcionario técnico de Villanueva de la Serena y todo el personal a sus órdenes.

Casos como éstos abundan en el Cuerpo de Telégrafos.

Trabajo entre el fuego enemigo

—Otro servicio extraordinario y de interés es el que presta el personal de vigilancia. Los compañeros afectos a esta Sección tienen a su cargo la reparación de las líneas apenas han terminado los bombardeos. A veces, cuando la importancia de la comunicación lo requiere, se hacen esos trabajos aguantando el fuego del enemigo.

Aun más: ante la inminencia de que caigan en nuestro poder varias ciudades importantes actualmente sitiadas, hemos montado un «Siemens» rápido y volante, para poderlo transportar de una ciudad a otra y dar así salida al servicio de tropa de un modo rápido y eficaz.

Propaganda política

—También hemos instalado una emisora de Radio de onda corta, pero de gran potencia, en el propio Palacio de Comunicaciones. Esta estación está dedicada a la propaganda política, ya que noticias no podemos dar, porque nuestro servicio es obligadamente secreto. Para los casos de socorro, tenemos instalada otra emisora en la Escuela de Telegrafía.

Nuestra emisora política ha constituido desde el primer momento un motivo de gran éxito, que se ha traducido en felicitaciones recibidas de toda España y en las protestas e impropiedades de las Radios facciosas, que, interferidas por la nuestra, no tienen posibilidad de ser entendidas.

Mártires

—Como en el Cuerpo hermano, han sido muchos los camaradas caídos, víctimas de la crueldad de los sublevados. Tenemos noticias de que han sido fusilados varios compañeros de Córdoba, Sevilla, Cádiz y otras poblaciones. Y encarcelados otros muchos. También ha muerto luchando en las Milicias un heroico compañero de San Sebastián: el camarada Alberdi.

Milicias

—Todos los servicios de Telégrafos están controlados por el Sindicato Nacional de Telégrafos, en armonía con las autoridades de la Corporación. Nuestro Sindicato ha designado un responsable que ejerce, en unión del director general, la autoridad y control sobre todos los servicios.

—¿Han creado ustedes Milicias?

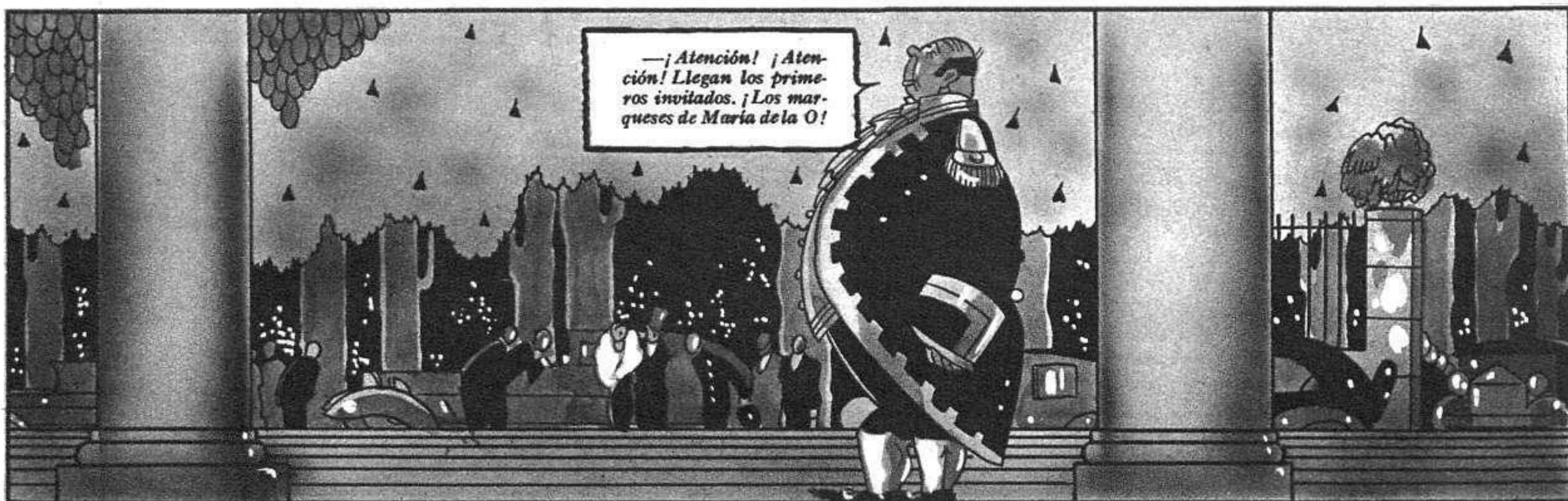
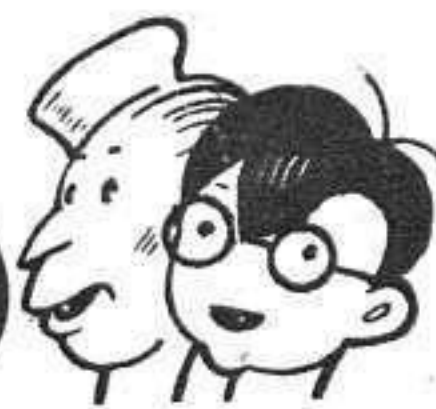
—Sí. Existen unas Milicias de Telégrafos, que se ocupan de la custodia del edificio, así como de proteger las conducciones de compañeros o material que constantemente se envían a los distintos frentes.

Final

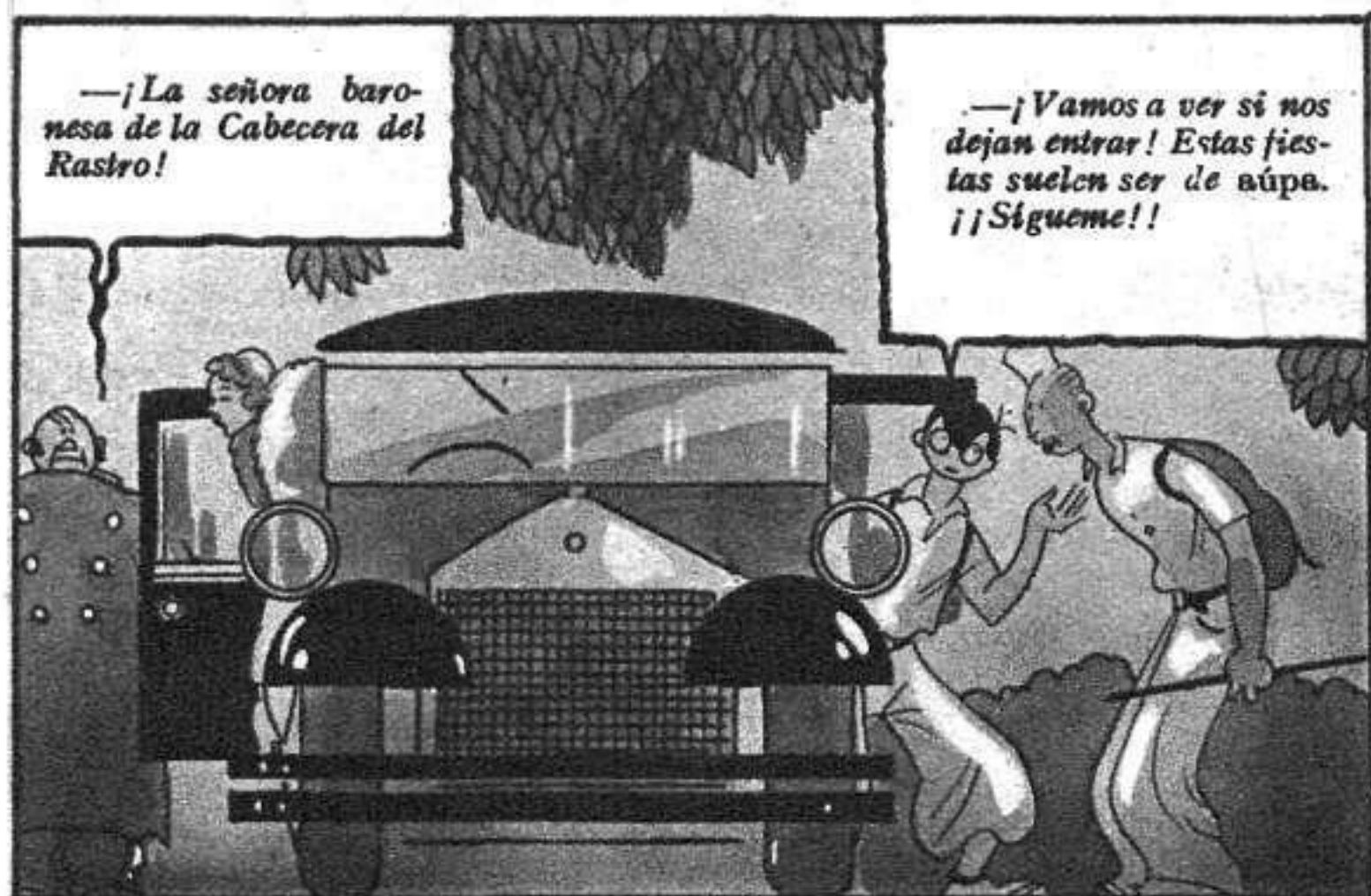
Y ahora, una breve nota, que creemos interpreta el sentir unánime de los trabajadores de Telégrafos: A pesar de todo este esfuerzo, se carece allí de los elementos necesarios de personal y material. El Gobierno, prescindiendo de trámites burocráticos, debe acudir con una aportación económica intensa para atender a estas necesidades, para que no se malogre una gran parte del esfuerzo de estos magníficos servidores de la República y del Pueblo.

A. O. S.

LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLLO



—¡Atención! ¡Atención! Llegan los primeros invitados. ¡Los marqueses de María de la O!



—¡La señora baronesa de la Cabecera del Rastro!

—¡Vamos a ver si nos dejan entrar! Estas fiestas suelen ser de aúpa. ¡¡Sígueme!!



—¡Somos los señores barones de Cascorro! La señora es nuestra mamá.

—Lo que somos es unos caraduras.



—¡Anda mi madre! La señorita pedigüña que viene.

—No le dejan a uno comer a gusto...



—Os juego diez duros a que le doy menos que vosotros.

—Van.



—Aquí va un céntimo, señorita. ¡¡Ya no se puede dar menos!!

—¡Es de parte de los tres!

Del ambiente y de la vida

LA TRAGEDIA DE LA PIEDRA

Por ANTONIO ZOZAYA

Lo primero en que pensaron los dominadores de todos los tiempos y todos los lugares, una vez dueños de las riquezas de los vencidos, ¿fue en fecundar los campos, en hacer cómoda la vida en las aldeas, en canalizar ríos y abrir caminos al comercio y fuentes de riqueza a la industria? No, sino en alzar por todas partes monumentos suntuosos, que hicieran perdurable el recuerdo de sus victorias. Unas veces se alzaron enormes pirámides para albergar la osamenta de un buey sagrado, haciendo sucumbir de fatiga a millares de esclavos para que subiesen las enormes piedras a lomo o para que labrasen a martillo los Hipogeos. Otras, las murallas ciclópeas daban testimonio de la sumisión de los parias bajo el látigo de sus amos, o los castillos inexpugnables demostraban el esfuerzo inhumano de los dominados para acrecentar el poderío de los victoriosos caudillos. En general, los monumentos más bellos no fueron contruidos con fines artísticos, aunque luego sus ejecutores materiales los imprimieran un sello inimitable de belleza y de grandiosidad. Se alzaron con el único fin de divinizar, y no de humanizar. Por eso, al lado de los monumentos más grandiosos se han visto siempre poblaciones misérrimas, albergadas en chozas primitivas o en cuevas troglodíticas. Es seguro que con el oro empleado en la construcción del Templo de Jerusalén o en la de los palacios de Ciro o de Alejandro hubiesen podido encontrar albergue decoroso los millones de sudras y de siervos que carecieron, como se dice en el Evangelio, de «una piedra en que descansar su cabeza».

Bajo los Césares hubo en Roma más de catorce acueductos, la mayor parte de ellos innecesarios, y hasta treinta y seis arcos triunfales. Trajano, Antonino, Focas elevaron multitud de columnas honoríficas. Se transportaron varios obeliscos de Egipto e infinidad de estatuas de todos los lugares de la tierra, entre las cuales había ochenta colosos, y se erigieron soberbios mausoleos, entre ellos el de Augusto, el sepulcro de Adriano (Castillo de Saint Angelo) y la pirámide de Cesio. En los pueblos no había sino esclavitud y miseria.

¿Hay que decir que procedieron de igual modo godos y cristianos, árabes y reconquistadores? Nuestra patria se llenó de magníficos templos, de suntuosos palacios, de arcos y de estatuas, de castillos y de soberanos alcázares; pero todo el oro para ello preciso fué sacado del trabajo de los agricultores y de los artesanos. El espectáculo fué por todas partes el mismo: una catedral magnífica, edificada con jornales de seis maravedises de cobre; un monasterio sin rival, un palacio deslumbrante de majestad y de arte; pero en torno los hombres desnudos, los niños sin pan y los ancianos y enfermos sin albergue. Desde el punto de vista

artístico, ello fué una gloria; desde el humano, en general, no hizo sino revelar hasta dónde llegan el endiosamiento de los fuertes y la desgraciada suerte de los míseros.

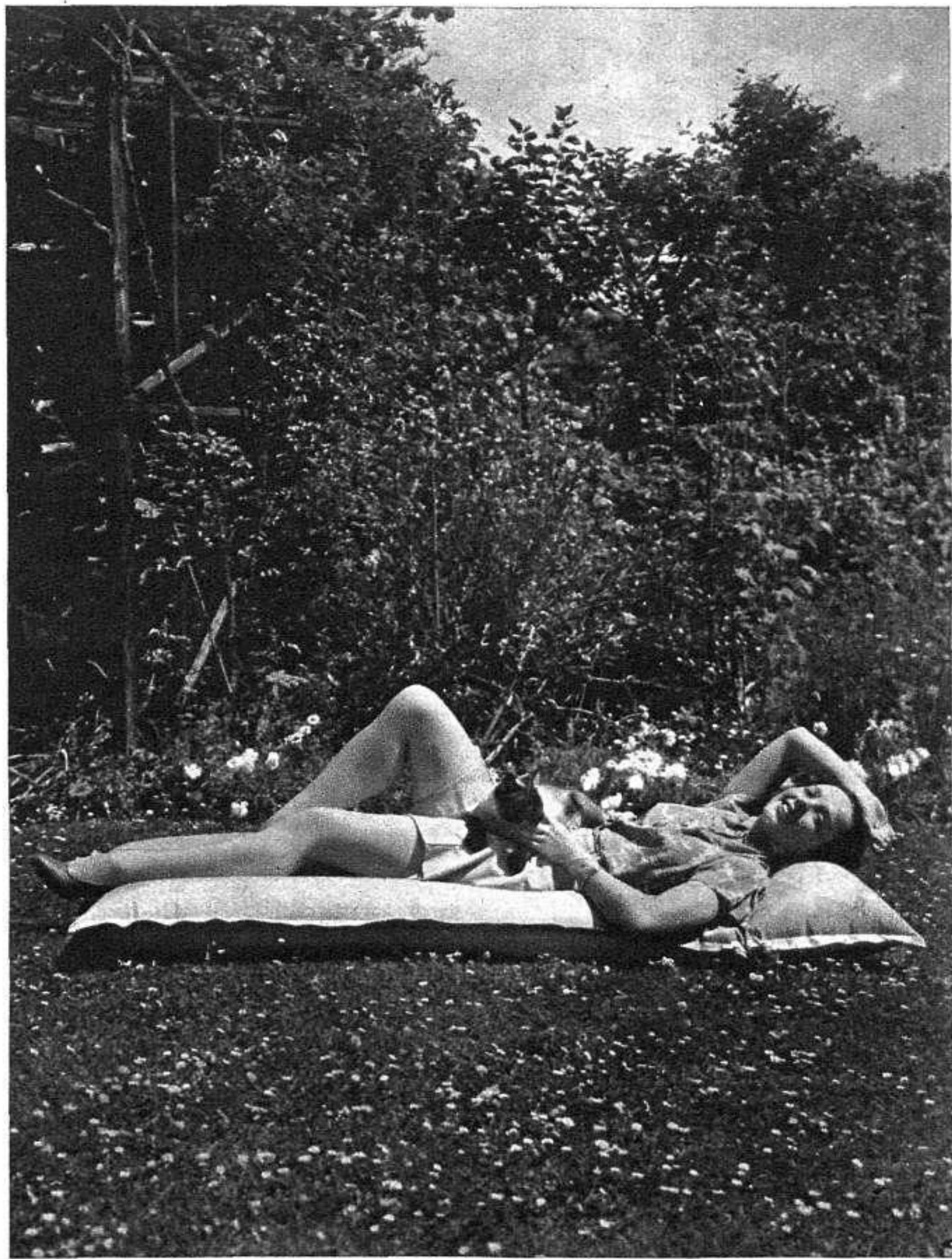
Luego, ¡triste condición de los mortales y fugaz vida la de sus obras! Las guerras se encargaron de ir destruyendo las más inspiradas obras del genio. Maravillas que para ser acabadas necesitaron de muchas décadas, y algunas veces de siglos, fueron destruidas en meses y aun en días de espantosa refriega. Unos tras otros fueron cayendo pulverizados los capiteles, los arcos, los plintos, los botareles y contrafuertes, los muros, los alicatados y las ojivas túmidas, y no hay que decir que los frisos, los fustes y las estatuas por ellos sustentadas. Una visita a Atenas, a Roma, a cualquiera de las grandes metrópolis que subsisten de los viejos Imperios, procura la sensación trágica de la destrucción bárbara, como debieron darla, en tiempos más remotos, las visitas a Menfis, a Jerusalén, Palmira, Itálica o Pompeya. No hacen los arqueólogos sino desenterrar tesoros artísticos y despedazados anfiteatros. Y cuando vemos una catedral, un acueducto, un alcázar, un museo incólume, nos preguntamos, aterrados: «¿Cuánto tiempo tardará la ferocidad humana en destruir estos prodigios que costaron

tantos esfuerzos y tanta fatiga a los artífices?» Y nos espanta la idea de que también caerán deshechos en polvo, como «las piedras que de ellos se escribieron» y los libros en que sus sublimidades se analizan.

Y pensamos que tenemos el deber ineludible de conservar esas preciosas reliquias del arte pretérito; pero que haríamos muy mal si volviésemos a construir monumentos tan costosos como inútiles para el desarrollo de la vida moderna. Lo que ahora nos interesa a todos no es contar con un nuevo alcázar ni un admirable Partenón, sino con campos bien cultivados, caminos perfectos, canales fecundadores de riqueza y escuelas en donde se enseñe a los hombres a amarse los unos a los otros y a respetar la labor de sus mismos adversarios, y, sobre todo, sus vidas, cuando fueron puestas al servicio, no de la guerra, sino de la paz universal y del respeto y cariño mutuos. Hay que hacer que todos los dispendios sean reproductivos, de tal suerte, que aunque destruyan las odiosas guerras lo contruido, sea fácil de reconstruir, y que quede siempre, regada o no con sangre, lo que tiene que ser fuente de toda riqueza y de toda civilización: la tierra. Hay que resignarse a la idea de que, elevados los jornales y cambiada la economía en todos los pueblos, no es ya posible edificar maravillas como las de Reims, Burgos, Estrasburgo o Colonia; pero que sí lo es llenar los fundos de abonos, de tractores y de regadíos, de viviendas salubres para todos, de fábricas, de granjas agrícolas y de centros de producción, de circulación y de consumo. Porque eso queda siempre, y es fuente de paz y de convivencia, y no puede ser destruido en días ni en años, porque todos los hombres se hallan interesados en su conservación, sea la que fuere su secta o su patria.

Se dirá que el Arte desaparecerá. No. El Arte es eterno, y lo que hará será variar sus medios de expresión. No se pintarán, acaso, lienzos de muchos metros en cuadro para solaz de un poderoso; pero sí millares de pequeñas creaciones pictóricas, de estampas y grabados, para deleite de los más desvalidos. Millones de viviendas artísticas modestas compensarán de la falta de un palacio único entre mil inmundas barracas. Y, sobre todo, el Arte se refugiará en la propia vida, embelleciéndola, haciéndola más idealista, cosa que no consiguieron los alarifes de los Césares. Si todo ha de perecer, procuremos que lleve en sí mismo los gérmenes de su resurrección.

Y nos ahorraremos el dolor inexpressable de ver derruidas las más soberanas bellezas y los más artísticos prodigios, haciéndonos desesperar del porvenir de la Humanidad, y a veces, en medio de la ferocidad de todas las luchas fratricidas, de los más excelsos fines humanos.



Así veranean las actrices cinematográficas
Admiren ustedes a la bella Jessie Matthews, en su casa de campo a las orillas del Támesis



Una de las profesoras reúne a los niños en los jardines del Palace Hotel y les cuenta historias maravillosas
(Fots. Lafuente)

El Palace Hotel, convertido en Guardería Infantil

Lo que nunca pensaban ver las salas del Palace Hotel

Al entrar en la gran sala baja, la encontramos llena de chavales, desnudos de medio cuerpo arriba. En una parte, al fondo, están haciendo gimnasia una treintena de ellos, dirigidos por una muchacha joven, rubia, simpática, la cual, con un pandero, marca los pasos y movimientos de los niños. Esto ejerce el sentido del ritmo, el oído y quizá la sensibilidad musical. La gimnasia, efectuada de tal modo, es para ellos una diversión.

En otro extremo de la sala, al lado de amplios ventanales, hay mesas y sillas. Allí están los muchachos leyendo revistas y periódicos. Los pequeños leen *T. B. O.*, *Pichi* y otras cosas por el estilo; los mayores—hay allí muchachos de hasta diez y siete años—, tienen *Mundo Obrero*, *Claridad*, *Política* y los semanarios *Juventud*, *Ayuda*... Por lo visto, esto de leer los periódicos hechos por los demás satisfacía sólo en parte sus afanes de cultura y diversión, pues en una de sus últimas reuniones los recogidos en el Palace han decidido publicar un periódico propio, que llevará el título de *Hoja Roja*. En él escribirán sus artículos, aclararán sus dudas, buscarán consejos. Lo importante es que no solamente van a escribirlo ellos mismos, sino que también van a imprimirlo. Esta última tarea será llevada a cabo por los mayores, que diariamente van a practicar en una imprenta próxima. Los «peques» se consuelan diciendo que muchas veces es más difícil escribir un artículo que imprimirlo.

Un mapa de España, floreado con banderitas de colores, ocupa la única pared sin vanos.



Este pequeñuelo no hizo más que llorar el día de su llegada a la Guardería; pero luego se hizo amigo de otro muchacho mayorcito, con el que aparece retratado, y ya no quiere volver a casa

Como cuelga muy alto, los pequeños se suben a los bancos para verlo mejor. Se muestran los frentes de combate, en los cuales algunos tienen a sus padres. Y un pequeño, mostrando una banderita en la frontera de Extremadura, exclama: «¡De aquí no pasarán!» Otro, ya mayor, replica con una sonrisa: «Di, mejor: pasaremos nosotros.»

Ante el Prado

El viejo y un poco triste edificio del Museo del Prado se ha animado, sirviendo de fondo a esos grupos de muchachos y niños llenos de vida y con deseos de vivir. Como el Palace no tiene jardín, las horas de paseo, que son casi todas las del día para los pequeños, se pasan en los macizos del Prado.

Con buenas dotes de observación, casi se puede llegar a saber qué es lo que desea cada uno de los muchachos. Alguno, apartado de los demás, se sienta solo, a la sombra de un árbol, y permanece ausente en quién sabe qué profundas e ingenuas meditaciones. Otros hacen corro al lado de una profesora y escuchan extasiados los más fantásticos relatos. Aquéllos se tumban en el suelo, pasando y repasando las líneas de un periódico «serio» e intentando descifrar su significado. Estos atienden con viva curiosidad cómo los rayos del sol, concentrados con ayuda de una lupa, queman un papel.

En su mayor parte, abiertos de carácter, nos cuentan sus proyectos y sus realizaciones. Hasta ahora, los chicos han elegido un Comité, han formado un Parlamento y designado al presidente: un muchacho de corbatilla roja y

gorra de miliciano. Debe tener bastante trabajo, ya que dirigir un Parlamento formado por diputados de siete a diez y siete años no debe ser tarea fácil. También se ha constituido un Tribunal encargado de resolver los conflictos surgidos entre los muchachos. Funciona bien; pero tiene poco trabajo.

«El Huérfano Rojo»

Hablamos con un pequeño que tiene ocho años, pero que parece tener solamente cinco. El primer día, cuando le han traído a la Guardería Infantil del Palace, no hacía más que llorar y se negaba a comer. Cuando alguien le preguntaba sobre la causa del llanto, contestaba: «¡Quiero irme con mi padre!» Y su padre—continuaba con tristeza, pero con un matiz de orgullo—, «está en la Sierra, en Navalperal». Por la noche le acostaron con el presidente del infantil Parlamento, que acogió cariñosamente a su pequeño compañero, le contó cuentos, le enseñó su corbatilla roja con una hoz y un martillo en blanco, hasta conseguir que se durmiera. Desde el día siguiente, el pequeño recogido

que se llama «El Huérfano Rojo», y hacemos constar su deseo.

Porque, efectivamente, casi todos son huérfanos. Preguntamos: «¿Tienes padres?» Y casi invariablemente hemos recibido una respuesta negativa. Algunos tienen madre. «¿Qué hace tu madre?» Unos responden: «Lava por las casas.» Y otros: «Vende churros.»

—¿Dónde vives mejor: aquí o en tu casa?

—Aquí.

—Entonces, ¿no quieres volver a casa?

La mayoría de las respuestas ha sido: «No.» Sin embargo, un muchacho pequeño, que mientras habla nos tira de la chaqueta y nos acaricia la mano, ha respondido:

—Quiero volver a ver a mi madre, y después, regresar aquí.

Los otros que le rodean casi no le han dejado terminar.

—Si quieres ver a tu madre, le mandas un recado, y que venga a verte. E inmediatamente han solicitado la atención de una de las profesoras para que tome nota de los deseos de la criatura. Los grandes ojos negros del niño casi dejan escapar lágrimas al conocer que es tan fácil volver a ver a su madre, ya que, en su in-

genuidad, había creído caer en un Reformatorio.

Nos vamos a despedir de los niños. Cuando avanzamos hasta la puerta, alguien nos interrumpe. Un muchacho de trece años, al que alguna preocupación pone un gesto de seriedad inusitada para su edad.

—¿Cómo te llamas?

—José Santos.

—¿Tienes padres?

—No lo sé...

No lo sabe, pues a la entrada de los sublevados en un pueblo extremeño, el niño, con despierto instinto, ha huído. A pie ha recorrido decenas de leguas, hasta llegar a Talavera. Allí montó en un tren. «Nadie me dijo nada—explica—, y llegué a Madrid.»

Ahora, en la Guardería del Palace, jugando con los otros niños, olvida esa duda sobre la existencia de sus padres. Duda a la que se aferra, para no caer en la evidencia. A otra pregunta, ha contestado: «Mis padres eran socialistas...»

STEFA RAWICZ

Este número ha sido visado por la censura



Los niños jugando en el jardín frente al Palace

era el más alborotador de la casa, jugaba con todos, hacía gimnasia y hablaba con naturalidad de la marcha al frente de su padre. Cuando alguien le preguntaba si quería volver a su casa, contestaba: «Yo quiero quedarme aquí.»

El domingo, en viaje de permiso, ha regresado su padre. Le ha ido a visitar y le ha regalado una estrella roja. El niño no cabía en sí de orgullo. Miraba a los demás, como diciéndoles: «Este es mi padre.» Pero casi todos sus compañeros estaban más envidiosos de ver al padre que de verle vestido de miliciano. Casi todos los recogidos en el Palace son huérfanos.

Hemos preguntado al corro de chicos que nos rodeaba:

—Bueno, ¿cómo se llama este Refugio?

Y varias voces han respondido:

—¡«El Huérfano Rojo»!

Por aclamación querían que se llamase de este modo; pero la directora del establecimiento les ha interrumpido:

—No tiene nombre. Es simplemente el Refugio del Palace. En el momento en que tengamos otro local tan amplio y con jardín, nos trasladaremos a él. Así que no dé usted ningún nombre.

Pero los chicos han persistido en que digamos



Estos son los niños—casi todos huérfanos—que han sido recogidos en el Hotel

(Fots. Lafuente)

LOS CONFLICTOS SENTIMENTALES ANTE LA LEY

Una mujer deportiva y un marido sedentario

HACE escasamente cuatro años, Ricardo L. se enamoró violentamente de una muchachita deportiva. A cualquiera le puede ocurrir cosa semejante, y por esta razón me guardo muy bien de criticarle. La muchachita deportiva era alta, esbelta, con todo el cuerpo tostado por el sol de la playa y por el sol del Océano, con una audacia en la mirada y en el andar que no dejaba de producir cierta inquietud, con unos brazos fuertes, macizos, de esos que sacuden bofetadas que ofenden, a pesar de ser dadas con manos blancas.

La muchacha deportiva era guapa; pero tenía una familia, compuesta de una mamá, de un papá, de dos hermanitas feas y de una tía muy vieja y muy impertinente, que vivía prácticamente a su costa. El sueldo del padre era insignificante, y desde luego, insuficiente para

sostener al familión. La muchacha, que trabajaba en una perfumería, entregaba todos los meses la mayor parte de su sueldo a sus padres, y se reservaba lo justo para vestidos y zapatos. Cuando quería divertirse o hacer deporte, se dejaba convidar.

Ricardo L. se declaró, un atardecer, en el Puerto de Navacerrada, donde había llevado en su coche a Maruja—así se llamaba la muchacha—a merendar. Maruja tenía ya demasiada experiencia de las cosas y de las gentes para exteriorizar la hilaridad que su enamorado le producía. Ella, tan deportiva, tan moderna, tan audaz, casarse con un señor de edad madura, regordete y sedentario... ¡Vamos!...

Pero contuvo la risa, y buscó una disculpa. Un pretendiente romántico que ofrece su coche y paga meriendas a cambio de nada, no es

como para desperdiciarlo. Pero al llegar a casa se desahogó con sus padres y sus hermanas.

—Es gordito y fachita—les dijo riéndose—. Se escurre por todas las cuevas, y siempre temo que empiece a rodar. No sabe patinar en esquí; no sabe jugar al tenis; no sabe nadar. Además, aunque supiera, estaría tan ridículo en *maillot*, que le echarían de todas las piscinas.

—¿Pero tiene dinero?—interrumpió la madre.

—Eso es. ¿Tiene dinero?—insistió el padre.

—Yo creo que sí—contestó la muchacha—. Su coche es un Packard, nada menos.

Las dos hermanitas feas y la tía intervinieron, entonces, precipitadamente.

—Maruja, ese hombre te conviene. Haz caso a mi experiencia de vieja. El dinero es lo principal en esta vida. Además, si tu pretendiente no es ni muy guapo ni muy joven, seguramente será muy bueno.

—¡Si nos paseamos en ese coche, seguramente encontramos novio!—gritaron las hermanitas, palmoteando de júbilo.

Ustedes se imaginarán fácilmente, lectores, lo que ocurrió. La familia, insistiendo; la muchacha, dudando; el pretendiente, insistiendo y paseando a toda la familia en el Packard. Total, matrimonio.

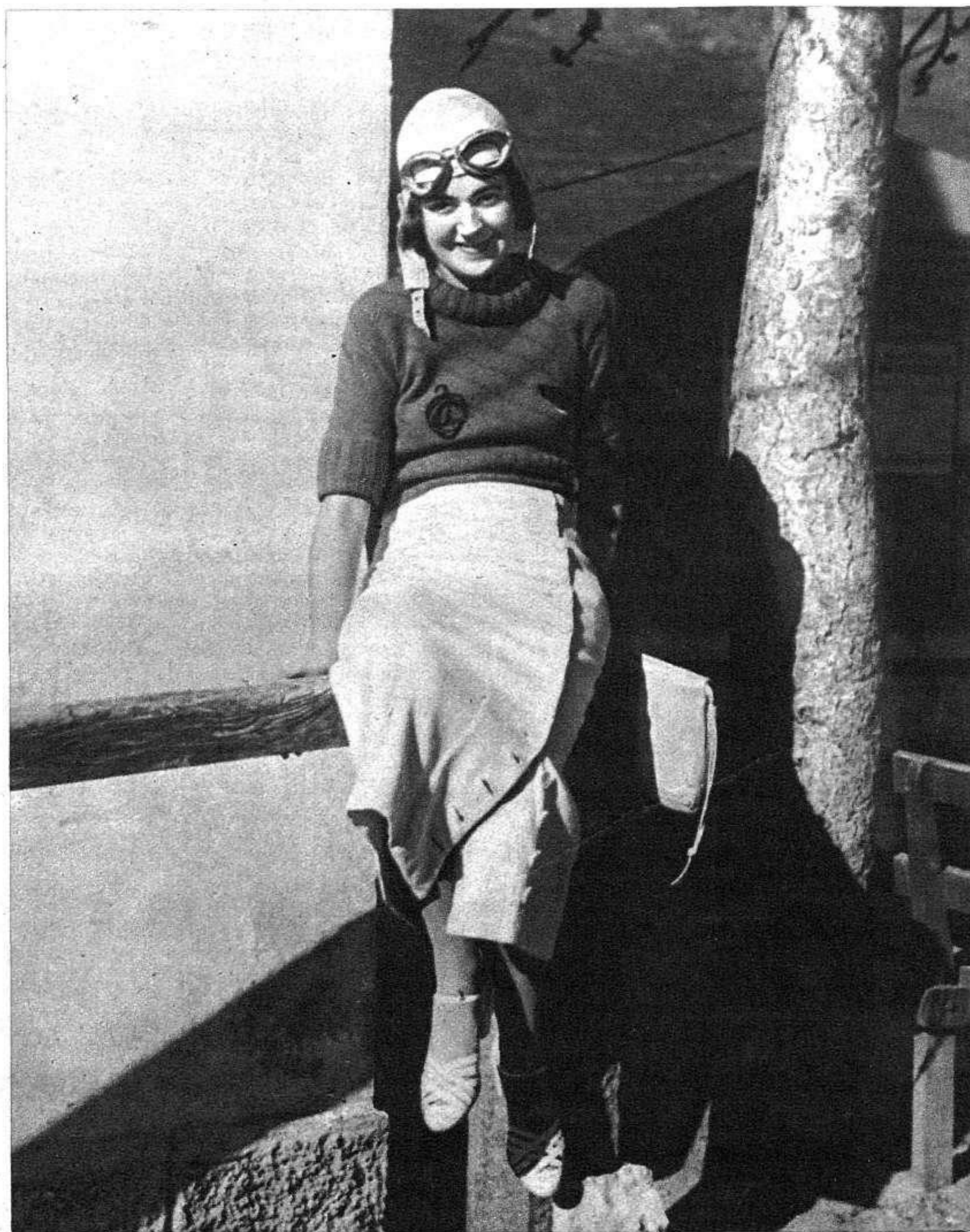
¿Fueron felices? El marido se lo va a decir a ustedes. Es decir, que yo les voy a contar lo que el desdichado confesó al abogado para que solicitara el divorcio:

—No he tenido ni un día de felicidad. La misma noche de bodas, mi mujer se rió de mí. «¡Pero, chico, qué tripa tienes! ¡Anda, y qué brazos más ridículos! ¿No has hecho nunca gimnasia?» Cuando se callaba, era peor, porque sentía que silenciosamente me estaba comparando con Dios sabe qué atleta o qué joven deportivo que ella veía en la piscina o en la Sierra. Tanto me dolió todo esto, que decidí transformarme en lo posible. Aprendí a nadar, tomé baños de sol, cambié el coche cerrado por un Bugatti de carreras, hice esquí, me rompí un brazo...

Estos esfuerzos y estos sacrificios no fueron inútiles. Adelgacé, rejuvenecí, y creí poder ser feliz. Mi mujer ya no era más fuerte que yo; nadaba más que ella; corría más, y un buen día que quiso tirarme al suelo, como hacía fácilmente al principio de nuestro matrimonio, fui yo quien la hice tocar con los hombros en el suelo en menos de treinta segundos. Esto la llenó de ira y no me lo perdonó jamás.

Mientras yo, a fuerza de voluntad, me iba transformando, mi mujer hizo todo lo contrario. Pidió que cambiara el Bugatti de carreras por otro coche cómodo y cerrado. Empezó a engordar. Y se puso a frecuentar unos tés literarios. El final de este drama es que he descubierto que me engaña con un escritor de vanguardia que vive en los cafés, y que fallecería instantáneamente en cuanto lo tuvieran tres horas seguidas al aire libre.

El epílogo de todo esto, lectores, es que no ha habido divorcio, sino reconciliación. El escritor de vanguardia no había pasado de ser un coqueteo sin consecuencias. El marido le pegó una paliza, por la que tuvo que ser conducido a la Casa de Socorro, y no se volvió a hablar de él. Ya ven ustedes que se trata de un final feliz, como en las novelas rosa.



Ella era alta, esbelta y muy deportiva...

(Fot. Schostal)

FRANCISCO DIAZ-ALVAREZ



Los directivos del Sindicato señores Monteagudo, Rivas y Campos trabajando en su despacho
(Fot. Vide)

El Sindicato de Ac- tores, al servicio del Frente Po- pular

TAMBIÉN en la retaguardia se sirve a la República. Muchos hombres que por circunstancias de índole diversa no pueden acudir a las líneas de fuego, allí donde los bravos milicianos y las fuerzas leales están respaldando el cañamazo de la victoria, juegan en estos momentos un papel de gran importancia en la retaguardia, donde se agazapa el enemigo con armas aun más peligrosas que los fusiles.

Elevar la moral de la retaguardia, dar a Madrid su aire normal, deshacer la intención confusionista del enemigo, es una labor que merece los más altos elogios. Y en esta labor llevan muy buena parte diversas entidades que, aun siendo apolíticas, no pueden, por su calidad de auténticamente españolas, dejar de sumar su esfuerzo a ese concepto de voluntades defensivas frente a la ya agonizante sublevación militar. Por ejemplo, el Sindicato de Actores Españoles. Al

frente del Sindicato, como director gerente, está desde hace mucho tiempo un hombre que en estas horas ha sabido hermanar esa actuación callada de la retaguardia con el empuje heroico de las líneas de fuego, desempeñando misiones de máximo peligro y responsabilidad: José María de Monteagudo. Allí donde fué necesario un brazo beligerante para la defensa de la República, estuvo, en primera línea, el esfuerzo de su brazo: en la toma del cuartel de la Montaña, en Toledo, en Guadalajara, recorriendo la carretera de Valencia para la preparación del envío de convoyes de aprovisionamientos, limpiando de insurgentes la serranía de Cuenca.

Pero Monteagudo no quiere hablar de esta labor suya en las líneas de fuego; prefiere explicarnos, haciendo un encendido elogio de ella, la labor desarrollada por el Sindicato que dirige.

—Ahora—nos ha dicho—hemos solicitado el ingreso en la U. G. T., convencidos de que en estos momentos hay que agrupar en los cuadros sindicales la mayor cantidad posible de hombres de buena voluntad. El Sindicato—continúa—se ofreció desde el primer momento, y se puso a las órdenes del Gobierno, de la U. G. T., de la C. N. T. y de cuantas entidades empezaron a organizar funciones a beneficio de los hospitales de sangre. En esta labor me han secundado con un entusiasmo admirable no sólo todos los miembros de la Junta directiva, sino la totalidad de los socios, los cuales votaron la proposición por unanimidad, y gritando ¡Viva la República! con los puños en alto. Ya ha visto usted el resultado. Nuestros artistas no han regateado sacrificio alguno para el mayor éxito de esas funciones benéficas. Y muchos de ellos han tomado parte, en un solo día, en dos o tres espectáculos.

—Además de esta labor, ¿qué otra de importancia ha desarrollado el Sindicato?

—Entre otras, incautarse, con el auxilio de las Milicias de Unión Republicana, de la oficina donde tenían su actividad los enemigos del teatro.

Monteagudo nos entrega una octavilla repartida, después del triunfo del 16 de Febrero, por una Confederación de mujeres. Dice así:

«En vista de las dolorosas circunstancias que atraviesa España, y con el fin de alcanzar de Dios la tan deseada paz, esta Unión diocesana propone a los buenos españoles que en espíritu de desagravio por tantas profanaciones y hasta Pascua de Resurrección:

1.º Prescindan de la asistencia a todo género de espectáculos; reuniones mundanas y vanidosas ostentaciones.

2.º Que parte del ahorro que esto supone se ofrezca al señor obispo para la reconstrucción de los templos, cuya cantidad se puede entregar, etc.»

—Vea usted el contraste—nos dice Monteagudo—. Quienes repartían esas octavillas para dejar sin pan a los artistas españoles son los responsables de la sublevación. Los artistas españoles, aun sin pan, se han puesto desde el primer momento al servicio de la República. Que la República lo tenga en cuenta.

A. O. S.

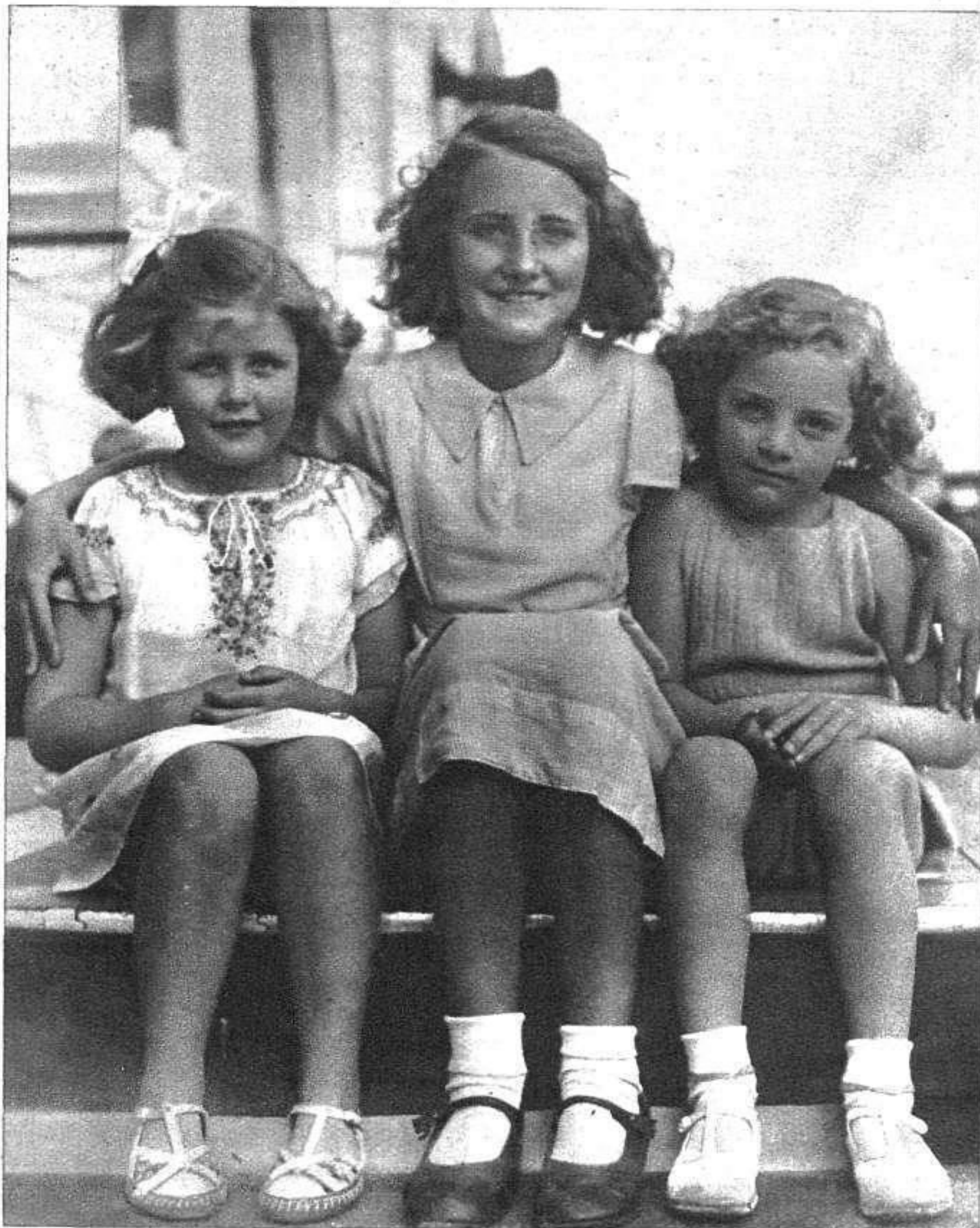


Pastora Imperio, cuyo arte tiene tan honda y pura raigambre popular, vibra siempre al unísono con los anhelos y los dolores del pueblo. La gran artista ha intervenido ahora en varios festivales organizados a beneficio de los heridos de la guerra

JOSEFINA CARABIAS, REDACTOR-JEFE DE "LA PALABRA"



Josefina Carabias, la joven e inteligente periodista colaboradora muy asidua de MUNDO GRAFICO, acaba de ser nombrada redactor-jefe del diario hablado «La Palabra»



Estas tres niñas obtuvieron los primeros premios en un Concurso de belleza infantil celebrado recientemente en la ciudad inglesa de Brighton



BLÉNORRAGIA (PURGACIONES)

en todas sus manifestaciones URETRITIS, PROSTATITIS, ORQUITIS, CISTITIS, GOTA MILITAR, etc. en el hombre y VULVITIS, VAGINITIS, METRITIS, CISTITIS, ANEXITIS, FLUIOS, etc. en la mujer por crónicas y rebeldes que sean se combaten de una manera cómoda rápida y eficaz con los

CACHETS DEL Dr. SOIVRE

que depuran la sangre y los humores, comunican a la orina sus maravillosas propiedades antisépticas y microbicidas; sus admirables resultados se experimentan a las primeras tomas, la mejoría prosigue hasta al completo y perfecto restablecimiento de todo el aparato genito-urinario, curándose el paciente por sí solo sin inyecciones, lavados, aplicaciones de sondas, bujías, etc., tan peligroso siempre por las complicaciones a que exponen y nadie se entera de su enfermedad.

Basta tomar una caja para convencerse de ello. Exigir siempre los legítimos CACHETS DEL Dr. SOIVRE y no admitir sustituciones interesadas de escasos o nulos resultados.

Venta a 6,60 ptas. caja en las principales farmacias

Agentes. -- New-York: Drug Importing C., 179, Adams Street Brooklyn. -- S. José Costa Rica: I. Carreras, Bazar París, Avenida Central. -- S. Juan Puerto Rico: J. Combas Peyork, Tetuán, 73. -- Cuba: J. Carlos Guasch. Apartado 2293, Habana

URINARIAS

(AMBOS SEXOS)

Sin lavajes, inyecciones ni otras molestias, y sin que nadie se entere, sanará rápidamente de la blenorragia, gonorrea (gota militar), cistitis, prostatitis, leucorrea (flujos blancos de las señoras) y demás enfermedades de las vías urinarias, en ambos sexos, por antiguas y rebeldes que sean, tomando, durante unas semanas, cuatro o cinco CACHETS COLLAZO por día. Calman los dolores al momento y evitan complicaciones y recaídas. Pidan folletos gratis a Farmacia Collazo, Hortaleza, 2. Madrid. Precio: 17 pesetas.

LO MAS EFICAZ,
CÓMODO, RÁPIDO,
RESERVADO
Y ECONÓMICO



—Cuando estubo en París, ¿tuvo usted algunas dificultades por su poco dominio del idioma?

—Yo, en rigor, ninguna; los franceses, si tuvieron algunas...

De «Das Interessante Blatt», Viena).

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Voz prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis o Hipertensión. Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rama o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), inodora, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14; y principales farmacias de España, Portugal y América.



MOLINOS

Un molino para cada trabajo.
Más de 300 molinos
para escoger.

Pida catálogo a la Fábrica de molinos

Victor GRUBER Y CIA. LDA.
APARTADO 450 • BILBAO

Conservas

TREVIJANO

La REGLA

SUSPENDIDA POR CUALQUIER
CAUSA, VUELVE SIN PELIGRO CON

PILDORAS FOREDAL ★

LA FORMULA MAS MODERNA • RECHAZAR IMITACIONES

FRASCO 10 PESETAS
VENTA EN FARMACIAS

REEMBOLSO 10'75 PTS. •

LABORATORIOS FOREDAL. GIJÓN (ASTURIAS)

10 PALABRAS:
PESETAS 4,15

SECCION DE ANUNCIOS TELEGRAFICOS

CADA PALABRA MAS:
40 CÉNTIMOS

AVICULTORES: Alimentad vuestras aves con huesos molidos. Sorprendentes resultados. Molinos especiales suministra Matths, Gruber, Bilbao. Catálogos gratis.

APRENDA usted desde su casa Contabilidad, Cálculo, Ortografía, Caligrafía, Taquigrafía, Mecanografía, Correspondencia, Organización, Publicidad, etc., por los acreditados métodos por correspondencia de la Academia Cots. Rosellón, 148, Barcelona. Pídanos folleto explicativo gratuito.

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

Para anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas», Avenida Pi y Margall, 9, entlo.

EL diario «La Publicidad»—el primer rotativo de Granada y el de más circulación—es indispensable para la propaganda en Andalucía, donde circulan miles de ejemplares.

GOMAS higiénicas, catálogo gratis. Sirvo provincias. Casa Neverrip, Tetuán, 42, Madrid.

POSTALES felicitaciones moda. Brillo, Cartas, Almanaques lujosos. Brillo rosa. Marca PD. Dümmtzen, Barcelona, Tetuán, 4.

LOS desarreglos intestinales y los ardores de estómago se curan tomando el tónico digestivo «Tesoro del Estómago».

Para anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas», Avenida Pi y Margall, 9, entlo.

PARA HACERSE AMAR locamente. Dominar a los hombres, conquistar a las mujeres. Mandad sello de 0,30 y recibireis «La Llave del amor». Librería S. Pons, Buenavista, 11, Barcelona.

POR un real extirpará radicalmente callos, durezas, verrugas, etcétera, usando el paten-

tado Ungüento Morrith. Puebla, 11, La Central de Específicos.

Para anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas», Avenida de Pi y Margall, 9, entresuelo.

Si le interesa el mercado de Asturias, anúnciese en «Región», diario moderno y de gran circulación. Apartado 42, Oviedo.

TAQUIGRAFIA, por Martín Ezala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Quinta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37, Madrid.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

PRENSA GRAFICA

(S. A.)

HERMOSILLA, 73
Apartado 571 MADRID

Tarifa de suscripción para
MUNDO GRAFICO
Aparece todos los miércoles

Madrid, Provincias
y Posesiones Españolas:

Un año 15,—
Seis meses 8,—
Tres » 4,—

Francia y Alemania

Un año 23,—
Seis meses 12,—
Tres » 6,—

América, Filipinas y Portugal:

Un año 16,—
Seis meses 9,—
Tres » 4,50

Para los demás Países:

Un año 30,—
Seis meses 16,—
Tres » 8,—

NOTA.—No tendrán derecho a recibir los números extraordinarios que se editen nada más que los suscriptores por un año, como mínimo.

LA HISTORIA EN EL CINE



EL DIRECTOR.—Señorita Jepson, corra a la biblioteca y vea qué clase de bicicletas se usaban en tiempo de Julio César.

(De «Sydney Bukketin», Sidney).



¿Quiere V. crecer 8 centímetros?

Lo conseguirá pronto a cualquier edad con el grandioso **CRECEDOR RACIONAL**. Procedimiento único que garantiza el aumento de talla y el desarrollo. Pedid explicación, que remito gratis, y quedaréis convencidos del maravilloso invento, última palabra de la ciencia. Dirigirse a don Joaquín Lloris, sucesor del Profesor Albert. Pi y Margall, 36, Valencia (España).

Lea usted los domingos **CRÓNICA**

EDICIONES Elegantes y modernas

NÚMEROS EXTRAORDINARIOS DE PERIÓDICOS, REVISTAS
TARJETAS, POSTALES, CATALOGOS, FOLLETOS, ETC.

Con los procedimientos gráficos modernos (los que mejor responden a las nuevas tendencias del arte), usted aumentará el encanto y la belleza de sus publicaciones, así como también la eficacia de todas sus impresos de propaganda. Tratándose de grandes tiradas, no inferiores a 10.000 ejemplares, en nuestros talleres le haremos toda clase de impresos artísticos, modernos y de refinado buen gusto, tanto en huecograbado como en tipografía: negro o en colores.

CONSULTE

←
por carta

←
o por teléfono

←
A

PRENSA GRAFICA, S. A.
Hermosilla, 73 MADRID. Apartado 571. Teléfono 57885



NAVAJAS DE AFEITAR

MARCA

DOS LLAVES

DE CORTE SUAVE
NO IRRITAN EL CUTIS

FRIEDR. HERDER & S.
SOLINGEN - ALEMANIA

Señora: **RECUERDE MENSUALMENTE**
PERLAS FEMI
SIEMPRE BENEFICIOSAS PARA LA SALUD
DE VENTA EN FARMACIAS

Por correo certific. Ptas. 14.50 a Dr. Viladot - Cjo. Ciento, 303 Barcelona

Teléfonos de Prensa Gráfica, S. A.: 57885 y 57884

TALLERES DE PRENSA GRAFICA, S. A., HERMOSILLA, 73, MADRID
(Printed in Spain)



El movimiento en Sevilla, contado por un evadido

(MUNDO GRAFICO publica en este número un interesante relato acerca de cómo empezó la sublevación en Sevilla, hecho por el destacado socialista sevillano Antonio Salgado, que logró escaparse y llegar a Madrid)

(Fot. Serrano)